

hombre sencillo y vehemente sin duda como todos los salvajes de este país de Bretaña. La mujer de ese hombre no le ama porque piensa en el ausente.... ¡mira qué hermosa es Lola!....

Blas bajó la cabeza con aire de mal humor, dirigiéndose sin embargo hacia la puerta para obedecer.

Pero antes de que hubiese transcurrido el tiempo pareció volverse atrás el Americano.

— ¡Esperad! dijo... Ha verdad, podemos esperar hasta mañana de ese modo nos libraremos de otro gran la cuenta con ese viejo inocente de mamá. ¿No es así?

— Mi opinión respecto al matrimonio, es que debería dársele poder para que se pague el pago del vitalicio de antes y de la veana.

Roberto estaba en el momento de levantarse, los rayos del sol se reflejaban en el suelo de oro al resplandor de la dormida joven.

— Parecía soñar. El Americano extendió hacia ella su mano y se pronunció sobre el espectáculo de movimiento de sus miembros.

— ¡Qué loco eres! ¿por qué con esa vida y vida... en el castillo hay un hombre joven que...



El aspecto de los montes de la zona es bastante peculiar. El río Oust, que corre en el curso de este territorio, forma una gran cascada en su curso. El río Oust, que corre en el curso de este territorio, forma una gran cascada en su curso. El río Oust, que corre en el curso de este territorio, forma una gran cascada en su curso.

IV.

El aspecto de los montes de la zona es bastante peculiar. El río Oust, que corre en el curso de este territorio, forma una gran cascada en su curso. El río Oust, que corre en el curso de este territorio, forma una gran cascada en su curso.

BOSTON DE FONTAINEBLEAU.

A tres leguas y media de Redon, que á lo mas hacen dos leguas cortas de las del país, y á la derecha del camino de Vannes, divide en dos partes el río Oust una alta colina para poder llegar á los pantanos de Glénac.

Entre las dos mitades de la colina no hay otro valle que el río, cuyo curso es bastante estrecho por aquella parte; aquello parece cortado por la mano del hombre.

Al Oriente de los dobles desfiladeros es montuoso el país, presentando un aspecto salvaje.

Hacia el Nor-Oeste al contrario, se ensancha el valle repentinamente á la misma salida del tajo formado por la corriente del Oust, formando una llanura bastante ancha. Esta se pierde en el horizonte entre dos cordilleras de montañas paralelamente situadas.

En estío es un tapiz inmenso de verdor donde la vista sigue á lo lejos la corriente del Oust, y de dos ó tres riachuelos que se acercan, se alejan y se confunden, semejantes á otros tantos hilos de plata.

En invierno es un lago inmenso que cual el mar tiene sus olas, y donde el pescador de anguilas persigue su presa.

En el verano se ve pasando por el verde césped en todo el terreno que la vista puede abarcar, multitud de caballos de escasísima alzada y yeguas y carneros enanos, cuya carne es muy apreciada por los gastrónomos de Ille-et-Vilaine.

Todas las aldeas y quintas de las cercanías mandan sus ganados á aquellos pastos comunes. El país es pobre; cada uno se aprovecha de ellos y hay meses en el año en que los innumerables ganados se estienden sin interrupcion desde el tajo del Oust, que se llama Port-Corbeau, hasta las cercanías de Vilaine.

Los pantanos de Glenac y San Vicente, transformados en risueñas praderas, presentan entonces el aspecto de una Arcadia afortunada. No se ven

mas que pastores acostados sobre la yerba y pastoras con la rueca en la mano. Hay zamponas que suenan casi mejor que clarinetes, y de una orilla á otra alternan las estrofas de alguna rústica cancion ejecutada por aquellas felices criaturas.

En invierno cubren las aguas los terrenos en que pacian los ganados. Apenas algunas isletas de verdor intentan alterar la superficie uniforme del gran lago, donde las aves acuáticas, reunidas en innumerables bandadas, reemplazan á los habrientos animales.

En lugar de aquella vida serena que animaba al valle, es una soledad silenciosa, y triste en cuyo centro se eleva en las montañas, de un frio escesivo, la colosal fantasma de la *Dama blanca*.

La misma configuracion de los lugares hace que este cambio se produzca casi siempre con sorprendente rapidez. A veces bastan algunas horas para trasformar completamente el paisaje, y siempre una noche.

Hacia el tajo de Port-Corbeau es donde se unen las principales corrientes de aquel mar, el Oust y el Varne.

El Oust es un rio tranquilo cuya corriente se desliza formando anillos de serpiente y parece copiar las subidas del Sena; pero el Varne, que baja de la parte mas alta del país, se aumenta con la lluvia mas insignificante y cambia todos los otoños su inútil hilo de plata en un torrente temible.

Desde el estanque donde nace á algunas leguas

mas allá hasta Port-Corbeau, la aspereza del terreno desafía la inundación; pero pasada una vez la doble colina cesa toda defensa y la corriente victoriosa no encuentra un solo obstáculo. El Oust y el Varne pasan el estrecho tajo y se lanzan en la llanura, donde los ganados huyen ante ellos.

A la hora de estas periódicas y rápidas crecidas parte un mensajero de las fuentes de Varne y al escape adelanta la inundación.

Corre á lo largo de las márgenes del río y llega á la entrada de los pantanos, donde su lúgubre trompa anuncia desde lejos la proximidad de la invasora agua.

Media hora despues de haberse esparcido por el aire aquellos temibles sonidos, óyese un ruido espantoso en el tajo y una ola de blanca espuma se lanza por el camino de Redon, que desaparece bajo ella.

Desde lo alto de la colina, dividida en dos partes por Port-Corbeau, es siempre admirable el país, bien porque el Oust y el Varne corren dormidos en sus sinuosos lechos, bien porque la inundación estiende hasta perderse en el horizonte su azulada superficie.

De la parte de los pantanos es un conjunto de colinas escarpadas, sobre cuya plataforma descuellan á lo lejos las casas de algunos aldeanos dominadas por el campanario de la iglesia.

En la dirección de Vannes se divisa la línea negra del antiguo bosque de Penhoel, delante de la

cual se eleva el soberbio castillo que llevaba en otra época este nombre, y que en la en que pasa nuestra historia pertenece á Mr. de Pontalés.

Al otro lado de las dos colinas, hácia el Norte y el Oriente, hay una pradera inmensa sin ningun plantío, y que va á unirse á las tres leguas con las aldeas de Rennes y de San Juan; se llama la Pradera triste. Tan lejos como puede alcanzar la vista, se ve un molino de viento cuyas aspas hienden el aire simétricamente.

A la misma mérgen del Oust y sobre la orilla opuesta al camino de Redon, se encuentra una cabaña cubierta de bálago y medio oculta por grandes castaños que adornan el terreno.

Esa cabaña era del barquero de Port-Corbeau, cuya barca estaba amarrada á la salida del tajo. Por cima de esa cabaña y á lo largo del mismo tajo se estiende una maciza muralla de mampostería, tan antigua como las tradiciones del país. A su estremidad oriental se elevaba un torreoncillo medio arruinado que los aldeanos conocian con el nombre de la Torre del Primogénito.

Es cuanto resta de un soberbio castillo perteneciente á los señores de Penhoel, y que sin duda servía para guardar el paso del Oust.

La maciza muralla sostenia en otro tiempo una línea de fortificaciones de que formaba parte, y dominaba la comarca la Torre del Primogénito.

En 1817 esos formidables cimientos no sostenian sus torres aspilleradas y solo soportaban un peque-

ño castillo construido hácia fines del reinado de Luis XV.

Allí era donde hasta la revolucion habian habitado los segundones de la familia de Penhoel, mientras los primogénitos vivian en el castillo principal, perteneciente ahora á la familia de Pontalés.

Este castillo estaba en un perfecto estado de conservacion y era de una arquitectura bastante elegante; pero colocado como se ballaba sobre un verdadero precipicio y sobre una verdadera plataforma desnuda, tenia un aspecto de tristeza y abandono.

A pesar de la distancia, podíase distinguir aún la arrogante arquitectura del castillo, que se elevaba orgulloso en el pico de la colina mas alta de las cercanías, rodeado de una magnífica cadena de rocas.....

Hacia ya algunos minutos que la noche habia estendido su negro manto. Hacia muy cerca de dos horas que Mr. Roberto de Blois y su criado habian abandonado la posada del Carnero Coronado.

El Oust corria silencioso entre los dos tajos, y á pesar de la creciente oscuridad veíanse los diversos arroyuelos diseminados por las praderas como serpientes de plata.

La parte del camino de Redon que baja á Port-Corbeau estaba completamente seca y las insignificantes olas que solian chocar en las márgenes del rio ó contra las piedras, alejaban toda idea de peligro.

Sin embargo, una persona del país enterada de las costumbres de sus habitantes, hubiera sentido por instinto la proximidad de una crisis.

En efecto, el pantano estaba mas silencioso que de costumbre á aquellas horas. Los ganados habian entrado en sus establos, y Dios sabe que generalmente los caballitos bretones no temen pasar las noches de otoño á la luz de la luna.

Aquella noche era el pantano un desierto.

Otro síntoma de alarma no menos significativo, se presentaba bajo la especie de una lucecilla brillando entre los castaños delante de la cabaña del barquero.

No hubiera sido Benito Haligan, barquero de Port-Corbeau, el que á menos de necesidad hubiera encendido una linterna á su puerta.

A escepcion de esa luz, nada absolutamente se veia en el campo, y para encontrar otra era preciso que la vista se elevase á lo alto de la colina, donde débilmente brillaban las ventanas del castillo.

La familia de Penhoel estaba reunida en un salon bastante grande, cuyos modestos adornos demostraban sin embargo el estilo florido del siglo XVIII. En el fondo de la chimenea de mármol negro ardía una buena lumbre de leña seca, cuya viva llama alumbraba la estancia casi tanto como la ténue luz de las bujías.

Hubiéramos encontrado reunidos allí y matando las lentas horas que preceden á la comida, á todas

las personas nombradas por maese Geraud en el capítulo precedente.

A uno de los ángulos de la chimenea y alrededor de una mesa cuadrada, se hallaban el señor de Penhoel, el tío Juan y dos huéspedes del castillo entretenidos con una partida de juego.

René de Penhoel era un hombre como de 35 años, robusto y pudiendo aspirar al título de caballero. Sus facciones regulares estaban cargadas de un poco de color, y los bucles de sus cabellos castaños caían sobre su frente, donde se advertía la falta de energía. El aspecto general de su rostro pintaba un carácter desidioso.

El tío Juan era un anciano. Imposible sería ver una fisonomía más venerable ni digna; la bondad sin límites se reflejaba en sus grandes ojos azules, bajos casi siempre tímidamente. Su frente, ancha y un poco elevada, tenía una corona de blancos cabellos ligeros y finos. Su sonrisa era triste y bella como la de una mujer.

Hablaba poco; cuando lo hacía admirábase todos de oír la voz suave y musical que salía de su sexagenaria boca.

Llevaba el traje propio de los aldeanos de Morbihan y su calzado consistía en grandes albarcas forradas de piel de cordero.

Los otros dos huéspedes eran nada menos que el padre Chauvett, maestro de escuela de la aldea de Glenac, y Protasio Le Hivain, jurisconsulto rústi-

co encargado de cultivar el gusto á los pleitos en cinco á seis leguas á la redonda.

La Bretaña gusta de los pleitos tanto ó más que la baja Normandía. Hay aldeas que no tienen para sostener un médico, pero que disfrutaban del beneficio de un abogado.

El padre Chauvette era un hombrecillo grueso, corto de imaginación, de costumbres pacíficas y contento de todo el mundo excepto de Mr. Le-Hivein, su enemigo mortal.

El abogado tenía una fisonomía delgada, seca y biliosa y procuraba siempre comer. A pesar de su alegría humilde y gesticulosa, se adivinaba en él un espíritu envidioso y pérfido. Su larga cabeza huesosa, coronada de cabellos negros, le había hecho dar por el padre Chauvette el sobrenombre científico de Macrocéfalo, y cada vez que el buen maestro de escuela se entregaba á esta broma, añadía á manera de nota: "especie de insecto coleóptero cuyo nombre se deriva del griego, y que tiene la cabeza larga como Mr. Le-Hivain."

La mesa, situada entre los cuatro jugadores, soportaba además de las cartas y las bujías, cinco cestitas de mimbre llenas de fichas, y un cartón impreso en que estaban las reglas del juego [el boston de Fontainebleau].

El otro ángulo de la chimenea estaba ocupado por un grupo más numeroso en que dominaba el elemento femenino.

Junto al fuego una mujer joven aún, y cuyo ros-

tro, singularmente hermoso, tenía un carácter de dulce dignidad, estaba sentada en una inmensa y cómoda butaca. Tenía en sus brazos una niña de doce años, cuya rubia cabeza se apoyaba en su seno.

Eran la vizcondesa Marta de Penhoel y su hija Blanca, que las buenas gentes del país desde Correntin hasta Redon llamaban el *Angel*.

Los hombres del campo son poetas. Decíase que el ángel de Penhoel era demasiado bueno y hermoso para la tierra, y que Dios deseaba llevárselo al paraíso.

Como para confirmar esta creencia había casi siempre una enfermiza palidez en el rostro de Blanca, y en su ideal belleza se adivinaban la debilidad y la melancolía.

En aquel momento aparentaba reposar. No se veía el azul celeste de sus grandes ojos, y sus largas pestañas caíanle sobre los mejillas.

Las formas infantiles pero sumamente graciosas de su cuerpo, descansaban sobre las rodillas de su madre, que la tenía entre sus brazos, y cuya mirada, fija en el suelo, estaba llena de ternura apasionada.

La madre y la hija formaban así un cuadro encantador lleno de abandono y amor.

De cuando en cuando el señor de Penhoel separaba la vista del juego, dirigiéndoles una mirada rápida. Contemplábalas así como á hurtadillas, y difícilmente se hubiera podido definir el vago sen-

timiento de malestar que entonces oscurecía su rostro.

Su sonrisa cambiaba de pronto, haciéndose triste. Dejaba las cartas sobre la mesa y llenaba de aguardiente un vasito de plata colocado cerca de él sobre un velador.

Había además en la sala otra persona que miraba al Angel con la mayor atención, y era un joven de diez y ocho años vestido con una especie de colete grosero y calzones de paño burdo.

Inmensos cabellos de color oscuro se dividían sobre su frente, cayendo en melenas hasta sus espaldas. Sus facciones eran regulares y su tez, abrasada por el sol, anunciaba un vigor precoz.

A pesar del fuego sombrío y casi salvaje que ardía en el fondo de su mirada, era hermoso.

Era Vicente, hijo del pobre tío Juan y único heredero del nombre de Penhoel.

Su pupila grande y ardiente parecía fija sobre su prima por una fuerza que no dependía de él. Blanca á pesar de ser tan niña le había inspirado ya un amor ardiente llevado hasta el entusiasmo.

En ese amor había admiración, respeto y éxtasis. Era un culto.

También había en él dolor, porque la robusta naturaleza del joven parecía plegarse á veces bajo terribles pensamientos.

Estaba un poco separado, entre los dos grupos, con la cabeza apoyada en la mano, que se perdía en las masas incultas de su gran cabellera.

Guardaba silencio.

Detrás de la vizcondesa, que desde ahora llamaremos la Señora para conformarnos con las costumbres del castillo, cuchicheaba y reía una pequeña sociedad compuesta de un jóven y dos niñas.

El hombre se llamaba Roger de Launoy y era con corta diferencia de la edad de Vicente, un bello caballero de elegante apostura y risueño rostro, un verdadero paje como nos pintan á éstos la víspera del día fatal en que el amor comienza á hacerlos lánguidos.

Sus compañeras, que podían tener catorce ó quince años, eran las dos criaturas mas graciosas y lindas que puede haber soñado la imaginacion de un pintor.

Las dos estaban vestidas con el traje de aldeanas conforme á la voluntad del tío Juan, su padre; pero había en sus trajes tan deliciosa coquetería que mas de una hermosa dama las hubiera envidiado. Sus largos cabellos, de igual color, siendo entre castaño oscuro y negro, se escapaban en abundantes bucles bajo los bordes estrechamente oprimidos de sus gorritas. A cada movimiento que hacían veíase ondear aquellas ricas cabelleras y caer en torno de su blanco cuello, donde lucía una cinta de gasa negra sosteniendo una cruz de oro. Sus cuerpos, esbeltos y delicados, estaban sujetos en corpiños de lana oscura, en derredor de los cuales caían los pliegues de sus jubones rayados.

No les faltaban ni el pañuelo azul ni los zapatos con lazo de las aldeanas.

Ambas tenían con corta diferencia la misma estatura; eran altas.

Aquí concluía la semejanza.

Habreis visto con frecuencia dos jóvenes cuyas facciones difieren esencialmente y que se parecen sin embargo por un parecido misterio; tienen como generalmente se dice, el aire de familia; se parecen las dos á su madre comun sin parecerse entre sí.

Así eran Diana y Elena de Penhoel. Unicamente faltaba el término comun con que se pudieran comparar sus graciosas fisonomías; su madre había muerto muchos años antes y nada en ellas recordaba la grave y dulce fisonomía del tío Juan, su padre.

Los que se acordaban del primogénito de Penhoel, ausente del país hacia mas de quince años, pretendían que sus sonrisas recordaban las de aquel; pero la memoria de Luis de Penhoel era adorada en el departamento, y cuando se piensa en los ausentes se forman como éstos risueñas ilusiones.

Elena y Diana habían venido al mundo antes que Luis de Penhoel abandonase el castillo de sus padres.

Elena tenía grandes ojos negros y facciones de una delicadeza estremada, cuyo conjunto indicaba una alegría inocente. Los ojos de Diana eran de un hermoso azul oscuro. Había en su jóven rostro

algo que indicaba á la vez tristeza é intrepidez. Cuando su fisonomía, mas séria que la de su hermana, le iluminaba con la sonrisa, era como el cielo abierto.

Nunca se veía á una de ellas sin que la acompañase la otra. El amor de las buenas gentes de la comarca no las separaba, y parecia á todos que el encuentro de las dos jóvenes auguraba felicidad. Sus caracteres se diferenciaban y parecían como sus rostros; pero entre las dos no tenían mas que un solo corazón.

Eran la alegría de la casa de Penhoel; sus inocentes y vivos placeres combatían la monótona tristeza del castillo.

Lo que como su padre el buen tío Juan amaban mas en el mundo, era la señora; únicamente para ésta sola dominaban la petulancia de su naturaleza. Hubieran pasado felices la vida sirviendo y adorando á la señora.

Marta de Penhoel, tan buena para todo el mundo, era [cosa estraña!] severa é indiferente para con las dos hermanas cuando éstas se arrodillaban ante ella. Hubiérase dicho que su acariciante ternura la impacientaba. Otras veces, pero muy raras, se enternecía al contemplarlas tan bellas, y parecia que subía de su corazón á su rostro una misteriosa emoción. Diana y Elena contaban siempre con cariño las horas en que los labios de la señora se apoyaban sobre sus frentes con un afecto casi maternal.

¡Ay! aquellas horas tardaban mucho en volver! Parecia que aquella sentía las caricias que les prodigaba como si por sorpresa le hubiesen robado el apasionado cariño que profesaba á su hija.

Diana y Elena lejos de estar celosas estendian á Blanca el tierno y profundo cariño que profesaban á la señora.

Sin embargo de reir y hablar, el pequeño grupo compuesto de las dos hermanas y de Roger de Launoy, tenía gran cuidado de no hacer ruido, respetando el sueño del Angel. De tiempo en tiempo se inclinaba Roger para besar la mano de la señora, de la que era favorito. Un poco de melancolía sombreaba entonces la sonrisa de las dos jóvenes, que conocían que eran menos amadas y no se atrevían á pedir igual favor.

En torno del tapiz verde seguía su curso pacífico el boston de Fontainebleau sin perjudicar en nada á la conversacion.

—¡Prusianos! ¡prusianos! decia el abogado Le-Hivain. ¿Por qué serian prusianos?...

—¡Su nombre de bandidos! comenzó el padre Chauvette.

—¡Su nombre de bandidos no prueba nada! Yo he visto á los prusianos en Redon, y á pesar de su acento desagradable eran muy buenos soldados.

—Aun existen antiguos soldados de Bonaparte.

—Prusianos ó soldados de Bonaparte, interrumpió el maestro de escuela, han quemado la hermosa granja de Pontalés al otro lado de Glenac.

—Bien hecho, dijo bruscamente René de Penhoel, y si el diablo quemara á los Pontalés como los bandidos han quemado su granja, estaría mejor hecho aún.... Pido seis bazas.

El tío Juan no hablaba; seguía el juego con distraccion y parecía que estaba combatido por un pensamiento siniestro.

El tío Juan era muy pobre y nadie hacía gran caso de él.

—¡Miseria! dijo el padre Chauvette.

—Ocho bazas, replicó Mr. de Penhoel; ¿están en el castillo esos tunantes de Pontalés, Le-Hivain?

—Han vuelto á él por causa del fuego de la granja, y el viejo Pontalés ha dicho que él mismo con su escopeta sería el guarda de las cuadras y los establos puesto que de nada sirven los gendarmes.

Penhoel se sonrió con aire desdeñoso.

—Si los bandidos no tienen que temer mas que á él, dijo, mucho van á engordar este invierno. Pontalés es un cobarde como su padre, como su abuelo y como todos los que tienen sangre de su nombre.

El maestro de escuela bajó los ojos y el abogado hizo con la cabeza un signo de aprobacion.

El tío no habia oido nada.

Penhoel bebió un vaso de aguardiente.

—Allá abajo, hácia la parte de Rennes, murmuró Le-Hivain con tono burlon, pretenden que el jóven Alain de Pontalés es un completo caballero. Me debeis cuatro fichas, M. de Penhoel.

Este tenia los ojos inyectados en sangre. Desde que se habia pronunciado el nombre de Pontalés habia hecho contraer su lábio y palidecer sus mejillas una cólera sorda.

El buen maestro de escuela atormentaba su cabeza para encontrar un medio de cambiar la conversacion, pero era en vano.

El abogado al contrario, experimentaba un péfido placer en escitar la cólera de su huésped.

El tío Juan continuaba guardando silencio. Sus ojos azules, de una dulzura casi femenil, miraban apenas las cartas, perdiéndose á cada momento en el vacío.

Cuando por azar se fijaban sus miradas en las dos niñas, se cubria su rostro de una tristeza misteriosa.

—Teneis juego para hacernos boston ahora mismo, Mr. Juan, replicó Le-Hivain; pero maldito si pensais en lo que estais haciendo. En cuanto á Pontalés, se dice que ha ido á Paris y que se ha traído la condecoracion del Lirio. Añádese tambien que el año próximo tendrá la cruz de San Luis.

—Eso no es verdad, murmuró Penhoel, cuya mejilla se habia puesto escarlata; el rey no puede dar la cruz de San Luis á un ladron.

—Repito lo que se dice por la aldea: lo que sí es cierto os que es noble ahora.

Penhoel dejó las cartas sobre la mesa y sus cejas se fruncióron violentamente.

—¡Bribon de Macrocéfalo! pensó el maestro de escuela.

Hizo al abogado una seña para que se callara; pero éste no quiso entenderla y prosiguió:

—Noble como Rieux ó Rohan. Ahora preciso será que le llamemos el señor marqués de Pontalés.

—Tomará por escudo, murmuró René entre dientes, una botella de sidra y un tapon de corcho en recuerdo de que era tabernero de Carantoir. Me llevo vuestro píccolo, padre Chauvettel!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono que cerró perentoriamente la boca á Protasio Le-Hivain.

El juego prosiguió en silencio por algunos minutos.

Pero René bebia á cada instante aguardiente, lo que es un mal medio de recobrar la calma perdida. La impresion producida por las palabras del abogado no se perdia, y habia siempre una sombría nube sobre la frente del señor de Penhoel.

Sin embargo, la distraccion del tio Juan era un hecho muy notable. Desde hacia mas de una hora no habia pronunciado una palabra y seguia jugando como Dios queria.

Penhoel estaba en esa situacion de espíritu en que se busca instintivamente una víctima sobre quien descargar la cólera. Habia acogido las faltas del tio murmurando sordamente.

Mr. Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se encargó como siempre de dar fuego á la mina.

—Ya va de tres veces que cometeis faltas, Mr. Juan, dijo con su voz secamente burlona, signo de tempestad.

René de Penhoel tiró las cartas sobre la mesa, cruzándose de brazos.

—Parece que mi tio es un gran señor que se desdenna de hacer la partida á pobres gentes como nosotros, pronunció con amargura.

El sarcasmo era tanto mas duro cuanto que el pobre anciano, menor de la familia, sin herencia y sin patrimonio, vivia casi á espensas de su sobrino.

Estremecióse y dirigió á este último una mirada llena de tristeza en que se pintaba la dulce paciencia de su alma.

—Os ruego que me escuseis, Penhoel, dijo.

René se encogió de hombros. Hubiera deseado tener con quien disputar.

—¿Teneis pensamientos muy interesantes? replicó sin abandonar su mal humor.

El tio Juan no respondió: bajáronse sus párpados.

—¿Nos hareis la gracia de decirnos, prosiguió René de Penhoel, cuál es el asunto de vuestras constantes meditaciones?

El tio levantó los ojos con lentitud; sus párpados estaban húmedos.

—Es que me acuerdo... dijo con voz baja y casi solemne.

—¿De quién?

El tío Juan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hoy hace quince años, sobrino mio, murmuró, que Luis de Penhoel abandonó la casa paterna para no volver á ella jamás.

Este nombre fué pronunciado en medio del mas profundo silencio.

El señor de Penhoel se estremeció y sus mejillas se cubrieron de palidez.

Todos los huéspedes del castillo guardaban silencio.



CANCION BRETONA.

HUBIÉRASE dicho que el nombre del primogenito de la familia lanzado de improviso habia evocado un fantasma. En todos los rostros se advertia como un velo de tristeza y durante un minuto reinó en el salon de Penhoel un silencio casi lúgubre.

Aquel recinto tan tranquilo, y en cuya felicidad no se podia suponer otro enemigo que el enojo monótono de la vida campestre, se mostraba entonces bajo otro aspecto.

En aquella casa habia un secreto. Sin embargo; antes de que hubiese sido pronunciado el nombre